

atraillados por los mozos, siguen al paso á la alegre y pintoresca comitiva.

IV

Nuestros lectores habrán notado que somos poco dados á los paréntesis y digresiones; pero el hermoso grabado intercalado en las páginas de esta enciclopedia, trasunto de un venturoso encuentro de bellas damas y galantes cazadores, nos obliga á hacer un alto y á referir el siguiente sucedido histórico, que podríamos titular: *Á falta de zorros... vengan bellísimas doncellas*, si no temiéramos herir la susceptibilidad de la mitad más bella del género humano.

Una hermosa mañana de primavera, el Marqués de C., y H., joven ingeniero, ambos apuestos cazadores, de veinticinco y treinta años respectivamente, corrteaban por los bosques de X., en el departamento del Aisne (Francia).

Las gotas de rocío brillaban á guisa de menudos brillantes heridos por los primeros rayos del Sol; los árboles, vistiendo ya las primicias de su verdor, encantaban la mirada; el cielo, purísimo y azul, daba alegres y deslumbrantes toques á los objetos; y una brisa suave y perfumada contribuía á dar al alma dulce contentamiento.

En balde ambos mancebos habían recorrido el sombrío bosque, ávidos de tirar sobre alguna buena pieza. Los perros, aburridos de no arrancar siquiera una mísera ave ó conejo, caminaban perezosamente, mirando de soslayo á sus amos.

Los cazadores que lean estas líneas saben de sobra el hastío que produce un paseo platónico, por más que las delicias del campo conviden á la poesía.

—Amigo Marqués,—dijo el ingeniero,—fuerza es convenir en que Diana no nos es propicia.

—Tenéis razón, Pablo. El arrendador Lacroix jura y perjura que el país está poblado de zorras y otras alimañas; pero el buen hombre habrá soñado, ó trasegado más vino que el de costumbre.

—Ya lo veis,—siguió el ingeniero,—hermosa expedición para dos amantes que, mirándose dulcemente, y cogidas amorosamente las manos, atraviesen estas florestas, jurándose eterno cariño y respirando los olores del espliego y la madreSelva. Pero,—añadió sonriendo,—dos cazadores armados, como nosotros, como dos habitantes de las selvas americanas, hacen un triste papel mirando sólo como revolotean las pintadas y hermosas mariposas.

Riendo y hablando seguían su camino ambos mozos, cuando de repente, en una revuelta del camino, los perros se pararon.

Nuestros cazadores prepararon sus magníficos Le-faucheux de dos tiros.

La suerte parecía, al fin, mostrarse propicia, y los canes señalaban, sin duda, alguna buena pieza.

Trascurrieron dos minutos en que cazadores y canes permanecieron inmóviles.

No se oía otro ruido que el susurro de las hojas medidas blandamente por la brisa.

De repente se oyó, á unos veinticinco pasos, una estrepitosa carcajada mujeril. Los perros ladraron, y los cazadores, amoscados, pusieron sus fusiles á la bandolera, y hallaron, escondidas en la floresta y tendidas muellemente sobre la blanda hierba, á dos hermosas jóvenes.

Si fuéramos novelistas, y no sencillos narradores venatorios, trazaríamos el retrato de aquellas hermosas niñas, rubias y gentiles, y que por su traje y maneras denotaban ser de elevada alcurnia.

Rojas como amapolas, y fingiéndose dormidas, vieron acercarse á nuestros cazadores, que hallaron allí *dos hermosas piezas*.

Eran Matilde y su prima Juana, hija del Barón de K., gran cazador y muy conocido en el mundo parisién por sus ricos trenes de caza, y especialmente por sus perros grifones y escoceses.

El Barón de K. tenía su castillo en los alrededores, y el Marqués de C. visitaba con frecuencia á una familia unida, por añejos vínculos, á la suya.

Las gallardas mozas abrieron, por fin, los ojos, y pusieronse precipitadamente en pie al ver acercarse á los dos mancebos.

Hechas las presentaciones de costumbre, entablóse sabrosa y animada conversación, olvidando nuestros mancebos su expedición venatoria.

Para no fatigar al lector, diré, como epílogo de esta verídica y sencilla historieta, que pocos meses después se casaron el Marqués con Matilde y el ingeniero con Juana. La primera pareja vive en París durante el invierno, y reciben con exquisita cortesía en su castillo á sus amigos; el joven ingeniero dirige, en el departamento del Loire, una gran fábrica, y hase vuelto famoso cazador de zorros.

V

La zorra es un animal aborrecido, y su cabeza siempre se halla á precio. La veda no reza con semejante



Imp. G. H.

UN CAZADOR FURTIVO, POR PAHISSA